

San Cipriano

LA UNIDAD DE LA IGLESIA

Las herejías y los cismas

1. Cuando el Señor nos exhorta diciendo: *Vosotros sois la sal de la tierra*¹, y cuando nos manda, para conservar la inocencia, que seamos sencillos y prudentes a la vez², ¿qué otra cosa nos indica, queridísimos hermanos, mas que seamos precavidos y que, vigilantes con un corazón solícito, descubramos las asechanzas del enemigo³, po-

niéndonos en guardia prontamente? De este modo quienes nos hemos revestido de Cristo⁴, sabiduría del Padre⁵, no pareceremos poco sabios en asegurar nuestra salvación.

No hemos de temer, por tanto, sólo la persecución, que nos sobreviene atacando abiertamente, para abatir y eliminar a los siervos de Dios. Cuando el peligro es manifiesto, la precaución es más fácil, y también el ánimo se dispone para la lucha más prontamente cuando el enemigo se presenta como tal.

Mas hemos de temer al enemigo y llevar cuidado con él cuando se acerca furtivamente, cuando, escondiéndose bajo apariencias de paz, se introduce serpeando por accesos secretos, de donde recibe el nombre de serpiente. Tal es siempre su astucia, tal su engaño, oculto y secreto, para acechar al hombre. Así engaño constantemente desde el principio del mundo; así, con palabras engañosas, sedujo a almas inexpertas, incautamente crédulas⁶; y así, intentando tentar al mismo Señor, se acercó furtivamente, como si serpeara de nuevo y engañara, pero fue reconocido y rechazado. Y, precisamente por eso, por ser reconocido y descubierto, fue derrotado⁷.

2. Con lo que se nos ha dado un ejemplo para que rehuyamos el camino del hombre viejo (Adán) y sigamos las huellas de Cristo vencedor⁸, a fin de que no caigamos de nuevo, como incautos, en los lazos de la muerte, sino que, precavidos ante el peligro, mantengamos la inmortalidad que hemos recibido. Mas, ¿cómo podremos mantener la inmortalidad si no guardamos aquellos mandamien-

tos de Cristo con los que es sometida y vencida la muerte, según nos advierte Él mismo cuando dice: *Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos*⁹, y también: *Si hacéis lo que os mando, ya no os llamaré siervos, sino amigos*¹⁰?

A éstos llama, en definitiva, fuertes e inmutables, a los que han sido cimentados sobre roca de mole robusta, a los que han sido consolidados con inconmovible e inquebrantable firmeza frente a todas las tempestades y torbellinos del mundo. *A quien escucha —dice— mis palabras y las pone en práctica, lo compararé a un hombre sensato que edificó su casa sobre roca: cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos e irrumpieron contra aquella casa, y no se cayó, porque estaba cimentada sobre roca*¹¹.

Nosotros debemos, desde luego, seguir sus palabras: aprender todo lo que Él enseñó y hacer todo lo que Él hizo. De otro modo, ¿cómo podrá decir que cree en Cristo quien no cumple lo que Cristo mandó? O, ¿cómo conseguirá el premio de la fe quien no quiere guardar fidelidad a sus mandatos? Necesariamente vacilará e irá de un sitio para otro y, arrastrado por el espíritu del error, será aventado como polvo que levanta el viento. No avanzará hacia la salvación quien no se mantiene en el verdadero camino que conduce a ella.

3. Así pues, hay que guardarse no sólo de los peligros evidentes y manifiestos, sino también de los que engañan con sutileza y astucia. Y, ¿quién más astuto y sutil que el enemigo, descubierto y derrotado con la venida de Cristo? Aquél, después que la luz había llegado a las gentes y el

día de la salvación se había manifestado a los hombres para su liberación –de modo que los sordos acercaban su oído a la gracia del Espíritu, los ciegos abrían sus ojos a Dios, los enfermos se restablecían con la salud eterna, los cojos corrían hacia la Iglesia, los mudos dirigían con voz clara a Dios sus plegarias–, viendo abandonados sus ídolos y desiertas sus sedes y templos debido al gran número de los creyentes, maquinó un nuevo engaño para embaucar a los incautos, escondiéndose bajo el título mismo del nombre cristiano.

En efecto, inventó la herejía y los cismas¹² para tergiversar la fe, corromper la verdad y romper la unidad. Así, a los que no puede mantener en la oscuridad de la antigua senda, los envuelve y los engaña de otro modo. Y mediante el error de una nueva senda arrebató a los hombres de la misma Iglesia y, cuando ya parecía que se habían acercado a la luz y se habían liberado de las tinieblas del mundo, sin que ellos se den cuenta, les infunde de nuevo otras tinieblas; de modo que, sin mantenerse en el Evangelio de Cristo ni en la observancia de su ley, se llaman cristianos, y caminando en las tinieblas creen poseer la luz.

Y todo esto lo realiza aquel enemigo, seductor y embustero, que según las palabras del apóstol¹³ se transforma en ángel de la luz y disfraza a sus ministros como minis-

tros de la justicia que reivindicán la noche por el día, la muerte por la salud, la desesperación bajo el pretexto de la esperanza, la perfidia bajo la excusa de la fe, el anticristo bajo el nombre de Cristo. Y así, engañando con apariencias, tergiversan sutilmente la verdad.

Esto ocurre, amadísimos hermanos, por no volver al origen de la verdad, por no acudir a la cabeza, ni observar la doctrina del maestro celestial¹⁴.

La unidad de la Iglesia

4. Si alguien quiere considerar y examinar estas cosas, no necesita de un prolongado estudio ni de muchas argumentaciones. Su demostración de acuerdo con la fe es fácil, por la simplicidad de la verdad¹⁵.

Dice el Señor a Pedro: *Yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no la vencerán. A ti te daré las llaves del reino de los cielos, y lo que ates en la tierra, será atado en los cielos y lo que desates en la tierra será desatado en los cielos*¹⁶.

Sobre uno solo edifica la iglesia.

Y aunque después de su resurrección conceda a todos los apóstoles la misma potestad y diga: *Como me envió el Padre, así también os envió yo. Recibid el Espíritu Santo: si a alguien le perdonáis los pecados, le quedarán perdonados; si a alguien se los retenéis, le quedarán retenidos*¹⁷, sin embargo, a fin de manifestar la unidad, dispuso con su autoridad que el origen de esta unidad naciera de uno solo.

Lo que fue Pedro lo eran ciertamente también los

Y después de su resurrección le dice también: *Apacienta mis ovejas*¹⁸.

Sobre él edifica la Iglesia y a él manda que apaciente las ovejas.

Y, aunque a los demás apóstoles les conceda igual potestad, estableció, sin embargo, una sola cátedra y dispuso con su autoridad el origen y la razón de la unidad.

Cierto que lo que fue Pedro lo eran también los

demás apóstoles, dotados de igual participación de honor y potestad, pero el origen proviene de la unidad, a fin de que la Iglesia de Cristo se muestre una sola.

Y es esta Iglesia una la que en el Cantar de los Cantares el Espíritu Santo descubre en la persona del Señor, cuando dice: *Una sola es mi paloma, mi perfecta, la única que tiene su madre, la elegida de la que la engendró*¹⁹.

Quien no mantiene esta unidad de la Iglesia, ¿cree que mantiene la fe? Quien se opone y resiste a la Iglesia, ¿confía estar en la Iglesia, cuando el bienaventurado apóstol san Pablo nos enseña esto mismo y nos muestra el misterio de la unidad, diciendo: *Un solo cuerpo y un solo Espíritu, una sola es la esperanza de vuestra vocación, un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios*²⁰?

demás, pero el primado²¹ se da a Pedro y se pone de manifiesto una sola Iglesia y una sola cátedra.

Todos son también pastores, pero se nos muestra un solo rebaño que ha de ser apacentado de común acuerdo por todos los apóstoles.

Quien no mantiene esta unidad de Pedro, ¿cree que mantiene la fe? Quien se separa de la cátedra de Pedro, ¿confía en que está en la Iglesia?

5. Esta unidad debemos mantenerla firmemente y defenderla sobre todo los obispos, que somos los que presidimos en la Iglesia, a fin de probar que el episcopado mismo es también uno e indiviso. Que nadie traicione la fraternidad con la mentira. Que nadie corrompa la verdad de la fe con la vil prevaricación.

El episcopado es uno solo, del cual cada uno participa solidariamente con los demás²². Y la Iglesia es una sola, aunque se extiende ampliamente formando una multitud debido a su creciente fecundidad. Igual que son muchos los rayos del sol, pero una sola es la luz, y son muchas las ramas del árbol, pero uno solo es el tronco, firmemente arraigado en el suelo; y cuando de un solo manantial fluyen muchos riachuelos, aunque, por la abundante cantidad de agua que emana, parezca una multiplicidad la que se difunde, permanece, sin embargo, la unidad en el origen. Separa del sol uno de sus rayos, y la unidad de la luz se romperá con esta división. Arranca del árbol una rama y ésta no podrá ya germinar. Corta del manantial un riachuelo y éste se secará.

Así también la Iglesia, inundada de la luz del Señor, esparce sus rayos por todo el mundo y, sin embargo, es una sola la luz que se difunde por doquier, y no se divide la unidad del cuerpo; extiende sus ramas con gran generosidad por toda la tierra; envía sus ríos, que fluyen con largueza por todas partes. Y sin embargo una sola es la cabeza, uno solo el origen y una sola la madre, rica por los frutos de su

fecundidad. De su seno nacemos, con su leche nos alimentamos, y por su espíritu somos vivificados.

En la Iglesia está la salvación

6. La esposa de Cristo no puede ser adúltera, inmaculada y pura como es. Ella sólo ha conocido una casa y ha guardado con casto pudor la santidad de su único tálamo. Ella nos guarda para Dios, encamina hacia el reino a los hijos que ha engendrado.

Quien, separándose de la Iglesia, se une a una adúltera, se separa de las promesas de la Iglesia, y no alcanzará los premios de Cristo quien abandona su Iglesia. Éste se convierte en un extraño, un sacrílego y un enemigo. No puede ya tener a Dios por padre quien no tiene a la Iglesia por madre²³.

Si pudo salvarse alguien fuera del arca de Noé, también se salvará quien estuviera fuera de la Iglesia²⁴. Nos lo advierte el Señor, diciendo: *Quien no está conmigo, está contra mí, y quien conmigo no recoge, desparrama*²⁵. Quien destruye la paz de Cristo y la concordia, actúa contra Cristo. Y quien recoge en otra parte, fuera de la Iglesia, desparrama la Iglesia de Cristo.

Dice el Señor: *Yo y el Padre somos uno*²⁶. Y está escrito, además, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: *Los tres son uno*²⁷. Y, ¿cree alguien que esta unidad, que proviene de la firmeza de Dios y que está vinculada a los misterios celestes, puede romperse en la Iglesia y escindirse por conflicto de voluntades opuestas?²⁸ Quien no mantiene esta unidad, tampoco mantiene la ley de Dios, ni la fe en el Padre y el Hijo, ni la vida y la salvación.

La túnica de Cristo símbolo de la unidad

7. Este misterio de unidad, este vínculo de concordia que ciñe indisolublemente, se nos muestra en el Evangelio cuando la túnica de Jesucristo, el Señor, no se divide absolutamente ni se desgarran, sino que más bien, echando suertes sobre ella, la recibe íntegra y la posee incorrupta e indivisa quien se haya revestido de Cristo²⁹.

La divina Escritura dice lo siguiente: *En cuanto a la túnica, sin embargo, ya que era inconsútil desde la parte superior y tejida toda de una pieza, se dijeron entre sí: No la rompamos, sino echemos a suertes a ver a quién le toca*³⁰.

Él traía la unidad, que proviene de la parte superior, es decir, del cielo, del Padre; unidad que no puede ser destruida en absoluto por quien la recibe en posesión, ya que

la obtuvo toda de una vez, como algo sólido e indisolublemente estable.

No puede poseer, por tanto, la vestidura de Cristo quien rompe y divide la Iglesia de Cristo.

Por otra parte, cuando a la muerte de Salomón se dividen su reino y su pueblo, el profeta Ajías, saliendo al encuentro del rey Jeroboam en el campo, rasgó su manto en doce jirones y dijo: *Toma para ti diez jirones, porque así dice el Señor: «Voy a separar el reino de la mano de Salomón y te daré a ti diez cetros; los otros dos serán para él en consideración a mi siervo David y a la ciudad de Jerusalén, que elegí para poner allí mi nombre»*³¹. Como iban a escindir-se las doce tribus de Israel, por ello desgarró el profeta Ajías su manto, pero como el pueblo de Cristo no puede ser dividido, su túnica, tejida toda de una pieza e inconsútil, no es dividida por los que la poseen. Indivisa, unida, conexas, muestra la sólida concordia de nuestro pueblo, es decir, de los que nos hemos revestido de Cristo³².

Con esta imagen y este símbolo de su vestidura nos reveló Él la unidad de la Iglesia.

Los símbolos del Antiguo Testamento

8. ¿Quién será, por tanto, tan impío y malvado, quién estará tan fuera de sí por la locura de la discordia que crea que pueda romperse o se atreva incluso a romper la unidad de Dios, la túnica del Señor, la Iglesia de Cristo?

Cristo mismo nos avisa y nos lo enseña en su Evangelio, cuando dice: *Y serán un solo rebaño y un solo pastor*³³.

Y, ¿puede todavía alguien pensar que en un solo lugar pueda haber muchos pastores o muchos rebaños?

Del mismo modo el apóstol san Pablo, refiriéndose a esta unidad, la recomienda encarecidamente y nos exhorta a ella cuando dice: *Os suplico, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa y que no existan cismas entre vosotros, al contrario, permaneced unidos en un mismo sentir y un mismo pensar*³⁴. Y en otro lugar dice también: *Soportándoos mutuamente con amor, esforzándoos en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz*³⁵.

¿Crees tú que puede mantenerse en pie y seguir viviendo quien se aleja de la Iglesia y se construye otras moradas y otros habitáculos distintos, teniendo en cuenta lo que se dijo a aquella (Rahab) en quien estaba prefigurada la Iglesia? Esto es: *Reunirás a tu padre y a tu madre, a tus hermanos y a toda la casa de tu padre junto a ti, en tu misma casa; y sucederá que quien salga fuera de la puerta de tu casa se constituirá culpable por su cuenta*³⁶.

Igualmente también la celebración de la Pascua no contiene otra cosa en la ley del Éxodo más que ésta: que el cordero, que es sacrificado como figura de Cristo, se coma en una sola casa. Lo dice Dios con estas palabras: *Será comido en una sola casa y no arrojaréis carne fuera de la casa*³⁷. La carne de Cristo y las cosas santas del Señor no pueden ser arrojadas fuera, y no existe otra casa para los creyentes más que la única Iglesia.

Esta casa, esta morada de los que tienen una sola alma, es la que señala y anuncia el Espíritu Santo en los Salmos cuando dice: *Dios, que hace habitar a quienes tienen una sola alma en una misma casa*³⁸. En la casa de Dios, en la

Iglesia del Cristo, es donde habitan los que tienen una sola alma y allí perseveran en concordia y sencillez³⁹.

El ejemplo de la paloma

9. Por ello el Espíritu Santo vino en forma de paloma⁴⁰, porque es ésta un animal sencillo y alegre: ni amargo por la hiel, ni cruel por los picotazos, ni violento por la laceración de sus uñas. Se siente a gusto allí donde habitan los hombres, y sólo conoce la compañía de una casa. Las palomas, cuando crían, alimentan juntas a sus polluelos; cuando van de un sitio a otro, lo hacen volando en grupo. Pasan la vida en armoniosa convivencia, manifiestan con el beso de su boca su pacífica concordia y cumplen la ley en todo lo que se refiere a vivir unánimes.

Ésta es la sencillez que debe conocerse en la Iglesia, ésta es la caridad que debe lograrse: un amor fraterno que imite a las palomas, y una mansedumbre y dulzura que iguale a los corderos y a las ovejas⁴¹.

¿Qué cabida tiene en un corazón cristiano la fiereza de los lobos, la rabia de los perros, el veneno mortal de las serpientes o la sanguinaria crueldad de las bestias? Hay que felicitarse de que estos tales estén fuera de la Iglesia, a fin de que las palomas y las ovejas de Cristo no sean presa de su cruel y venenoso contagio. No pueden coexistir ni unirse la amargura con la dulzura, las tinieblas con la luz, la lluvia con el tiempo sereno, la guerra con la paz, la esterilidad con la fecundidad, la sequía con las fuentes, la tempestad con la calma.

Nadie pensará que los buenos puedan separarse de la Iglesia. Al trigo no lo arrebató el viento, ni al árbol bien plantado y con raíces profundas lo arranca la tormenta.

La paja ligera es la que arrastra el vendaval, y los árboles endebles los que son derribados por la fuerza del torbellino. Y éstos son a los que increpa y detesta el apóstol Juan, cuando dice: *Se alejaron de nosotros, pero no eran de los nuestros; si hubieran sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros*⁴².

Las herejías criban la fe de los creyentes

10. De ahí han surgido y surgen frecuentemente las herejías, del hecho de que una mente perversa no mantiene la paz, y de que la disgregadora perfidia no conserva la unidad.

El Señor permite y soporta que sucedan estas cosas, respetando la libertad de cada cual, para que brille con luz clara la fe íntegra de los que han sido probados, al examinar nuestras mentiras y nuestros corazones con el criterio de la verdad.

El Espíritu Santo nos lo advierte por medio del apóstol cuando dice: *Es necesario que haya herejías, para que se ponga de manifiesto quiénes son los que han sido probados entre vosotros*⁴³.

De este modo, pues, son probados los fieles y son descubiertos los culpables. De este modo, además, ya aquí, antes del día del juicio, se establece la división entre las almas de los justos y las de los injustos, separando la paja del trigo⁴⁴.

Estos últimos [la paja] son los que, por propia iniciativa, sin que haya habido ninguna disposición por parte de

Dios, se colocan al frente de unos advenedizos sin escrúpulos; los que sin designación⁴⁵ legal alguna se constituyen a sí mismos en jefes y usurpan el título de obispos, sin que nadie les haya dado el episcopado. A éstos designa el Espíritu Santo en los Salmos como *los que se sientan en la cátedra de la pestilencia*⁴⁶, pues son, en efecto, peste y corrupción de la fe, serpientes que engañan con la boca, artífices de la corrupción de la verdad, vomitando veneno mortal de sus lenguas pestíferas. Su palabra cunde como gangrena⁴⁷ y su enseñanza infunde un virus mortal en el pecho y en el corazón de cada uno.

11. Contra todos ellos clama el Señor. Lejos de ellos trata de retener y apartar a su pueblo errante, diciendo: *No escuchéis los discursos de los falsos profetas, porque les engañan las fantasías de su corazón; hablan, pero no lo que proviene de la boca del Señor. Dicen a los que desprecian la palabra del Señor: «Tendréis paz vosotros y todos los que andan según sus propios deseos»; y al que camina según la terquedad de su corazón: «No vendrán males sobre ti». Sin que yo les haya hablado, ellos han profetizado por su cuenta. Si se hubieran mantenido en mi verdad, si hubieran escuchado mis palabras y hubieran enseñado a mi pueblo, se habrían convertido de sus malos pensamientos*⁴⁸.

A estos mismos se refiere de nuevo el Señor y los denuncia, cuando dice: *Me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y excavaron cisternas agrietadas que no pueden retener el agua*⁴⁹.

Piensen que pueden bautizar, cuando no puede existir más que un solo bautismo. Y, habiendo abandonado la fuente de la vida, prometen la gracia del agua de la vida y de la salvación. Los hombres no son allí lavados, sino ensuciados, ni los pecados perdonados, sino incrementados todavía más. No engendra este nacimiento hijos para Dios, sino para el diablo: nacidos de la mentira, no alcanzan las promesas de la verdad; procreados por la infidelidad, pierden la gracia de la fe. No pueden alcanzar el premio de la paz quienes rompieron la paz del Señor con la locura de la discordia⁵⁰.

Dondequiera que haya dos o tres reunidos...

12. Y no se llamen a engaño alguno con su vana interpretación de lo que dijo el Señor: *Dondequiera que haya dos o tres reunidos en mi nombre, yo estoy con ellos*⁵¹. Como corruptores y falsos intérpretes del Evangelio aducen las últimas palabras y omiten las anteriores, recordando una parte y ocultando la otra dolosamente. Del mismo modo como se han separado ellos de la Iglesia, así también separan una frase de la unidad del contexto. Pues el Señor, cuando aconseja a sus discípulos la concordia y la paz, dice: *Os aseguro que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, cualquier cosa que sea, se os concederá por parte de mi Padre que está en los cielos. Pues dondequiera que haya dos o tres reunidos en mi nombre, yo estoy con ellos*⁵², mostrando de este modo que se concede mucho no a la multitud, sino a la concordia de los que oran.

Si dos de vosotros –dice– se ponen de acuerdo en la tierra: primero pone la unidad de almas; por delante coloca la concordia de la paz, enseñándonos de este modo a mantenernos fiel y estrechamente unidos.

Ahora bien, ¿cómo podrá ponerse de acuerdo con otros aquel que no se pone de acuerdo con el cuerpo mismo de la Iglesia y con toda la comunidad de los hermanos? ¿Cómo podrán reunirse en el nombre de Cristo dos o tres, de los que es cosa sabida que están separados de Cristo y de su Evangelio? Pues no nos separamos nosotros de ellos, sino que ellos se separan de nosotros y abandonaron la fuente y el origen de la verdad, cuando, constituyéndose por su cuenta en diversos grupitos, surgieron la herejía y los cismas.

El Señor, sin embargo, habla de su Iglesia, y a los que están en la Iglesia les dice que si se ponen de acuerdo, si, según lo que Él mandó y recomendó, dos o tres oran con un mismo ánimo, aunque sólo sean dos o tres, podrán alcanzar de la majestad de Dios lo que pidan.

Dondequiera que haya dos o tres –dice– yo estoy con ellos. Es decir, con los sencillos y pacíficos, con los que temen a Dios y guardan sus preceptos, con éstos dijo que estaría Él, aunque tan sólo fueran dos o tres. Y así fue como estuvo con los tres jóvenes que caminaban entre las llamas, a los que en medio de las llamas salvaguardó con un soplo de rocío, porque eran sencillos ante Dios y permanecían unánimes entre sí⁵³. De este mismo modo estuvo también con los dos apóstoles encerrados en la cárcel⁵⁴. Porque eran sencillos, porque se mantenían unánimes, Él mismo se hizo presente allí y, rotos los cerrojos de la cárcel, les sacó nuevamente fuera para que transmitieran a la multitud la palabra que fielmente predicaban.

Así pues, cuando entre sus preceptos dice: *Dondequiera que haya dos o tres, yo estoy con ellos*, no separa a los hombres de la Iglesia, Él que instituyó y creó la Iglesia, sino que, reprochando a los pérfidos la discordia y recomendando a los fieles la paz con sus propias palabras, mostró que su presencia es mayor allí donde dos o tres oran unánimes que allí donde muchos andan desunidos, y que se puede obtener más con la oración concorde de unos pocos que con la disorde de muchos.

13. Por ello, cuando dio el precepto de la oración, añadió: *Y cuando os pongáis de pie para orar, perdonad si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone vuestros pecados*⁵⁵. Y al que se presenta a ofrecer un sacrificio con la discordia dentro de sí, le hace volver atrás desde el altar y le ordena reconciliarse primero con el hermano, y, una vez de vuelta en paz, presentar entonces a Dios la ofrenda⁵⁶. Por esto mismo Dios no aceptó las ofrendas⁵⁷, porque no podía estar en paz con Dios quien no tenía paz con su hermano a causa de la discordia originada por los celos.

Así pues, ¿qué paz pueden esperar para sí los que están enemistados con los hermanos?, ¿qué sacrificios creen celebrar los que son rivales de los sacerdotes?, ¿piensan acaso que está Cristo con ellos, cuando están reunidos, aquellos que se reúnen fuera de la Iglesia de Cristo?

El cristianismo está en la unidad y en el amor

14. Éstos, aunque dieran la vida por la confesión del nombre⁵⁸, no lavarían su mancha siquiera con su propia san-

gre. Inexpiable y grave es el pecado de la discordia, hasta el punto de que ni con el martirio se perdona. No puede ser mártir quien no está en la Iglesia. No podrá llegar al reino quien abandona a la que ha de reinar. Cristo nos dio la paz, nos ordenó vivir concordes y unánimes, nos mandó guardar íntegros e inviolados los vínculos del amor y de la caridad. No puede, por tanto, presentarse como mártir quien no ha mantenido la caridad fraterna.

Esto es lo que enseña y atestigua el apóstol Pablo cuando dice: *Aunque tuviera una fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, no soy nada; aunque repartiera todos mis bienes para sustento [de los pobres] y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, de nada me aprovecha. La caridad es magnánima, la caridad es benigna, la caridad no siente envidia, no se jacta, no se irrita, no actúa con maldad, no piensa mal; todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. La caridad no acaba nunca*⁵⁹.

Nunca —dice—, *la caridad no acaba nunca*, pues existirá siempre en el reino, durará eternamente en la comunión de los hermanos íntimamente unidos entre sí⁶⁰. La discordia, en cambio, no puede llegar al reino de los cielos. Y no podrá llegar al premio de Cristo, que dijo: *Éste es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado*⁶¹ quien con pérfidas disensiones violó el amor de Cristo.

Quien no tiene caridad, no tiene a Dios. Es la voz del bienaventurado Juan la que dice: *Dios es amor, y quien permanece en Dios permanece en el amor y Dios permanece en él*⁶².

Así pues, no pueden permanecer en comunión con Dios los que no quisieron permanecer unánimes en la Iglesia de Dios. Aunque ardan en las llamas y den sus vidas entregados al fuego o arrojados a las bestias, no obtendrán la corona de la fe ni alcanzarán el final glorioso de la virtud de la piedad, sino la muerte de la desesperación. Uno así puede morir, mas no puede ser coronado. Y podrá incluso confesar que él es cristiano, pero miente, al igual que el diablo cuando dice que es Cristo, según nos lo advierte el Señor cuando dice: *Muchos vendrán en mi nombre diciendo: Yo soy Cristo. Y engañarán a muchos*⁶³. Del mismo modo que el diablo no es Cristo, así tampoco puede considerarse cristiano el que no permanece en la verdad de la fe y del Evangelio de Cristo.

15. Cosa sublime y admirable es ciertamente profetizar, arrojar demonios y hacer grandes milagros en la tierra y, sin embargo, no alcanza el reino de los cielos quien todo esto realiza, si no encauza sus pasos atentamente por el camino de la rectitud y de la justicia. Esto lo afirma el Señor cuando dice: *Muchos me dirán en aquel día: «Señor, Señor, ¿acaso no profetizamos en tu nombre y en tu nombre arrojamos demonios y en tu nombre hicimos grandes milagros?». Y yo entonces les diré: «Nunca os he conocido; apartaos de mí los que obráis la maldad»*⁶⁴.

Es necesaria, pues, la justicia para que alguien pueda merecer ante Dios, nuestro juez. Hay que observar sus preceptos y sus advertencias para que nuestros méritos reciban su recompensa. El Señor en el Evangelio, cuando resume en pocas palabras⁶⁵ el camino de nuestra fe y de nuestra espe-

ranza, dice: *El Señor tu Dios es uno, y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Éste es el primer mandamiento, y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos dependen la ley entera y los profetas*⁶⁶.

En su magisterio incluyó el Señor la unidad al mismo tiempo que el amor, y en estos dos preceptos encerró toda la ley y los profetas.

Así pues, ¿qué unidad conserva, qué amor guarda o se propone guardar quien, fuera de sí por la locura de la discordia, divide a la Iglesia, destruye la fe, perturba la paz, disipa la caridad y profana el sacramento?⁶⁷

Los signos de los tiempos

16. Este mal, hermanos fidelísimos, empezó ya en realidad hace tiempo, pero ahora ha crecido la plaga contagiosa del mismo y han comenzado a brotar y a propagarse los malos venenos de la perversa herejía y de los cismas, porque así convenía que ocurriera al fin del mundo⁶⁸, según

nos lo anuncia y advierte el Espíritu Santo por medio del apóstol: *En los últimos días –dice– sobrevendrán tiempos difíciles, habrá hombres egoístas, soberbios, arrogantes, codiciosos, blasfemos, rebeldes a los padres, ingratos, impíos, sin entrañas, sin respeto, calumniadores, disolutos, despiadados, enemigos del bien, traidores, insolentes, llenos de estupidez, más amantes de los placeres que de Dios, que tendrán apariencia religiosa pero rechazarán toda piedad. De éstos son los que se introducen en las casas y conquistan mujeres cargadas de pecados, que son arrastradas por cantidad de pasiones, que siempre están aprendiendo y nunca llegan al conocimiento de la verdad. Y del mismo modo que Jannés y Jambrés se opusieron a Moisés, así también éstos se oponen a la verdad; pero no llegarán muy lejos, pues su ineptitud quedará manifiesta a todos, como quedó la de aquéllos⁶⁹.*

Se han de cumplir todas las cosas que han sido anunciadas y, acercándose ya el fin del mundo, se están cumpliendo según los signos de los hombres y de los tiempos. Cada vez más, por la furia del enemigo, engaña el error, crece la estupidez, prende la envidia, ciega la concupiscencia, deprava la impiedad, hincha la soberbia, exaspera la discordia, arrebatada la ira.

El deber de apartarse de los cismáticos disidentes

17. A nosotros, sin embargo, no nos debe inquietar o turbar esta enorme y desenfrenada maldad de tantos, sino que más bien debe corroborar nuestra fe al comprobar la

verdad de las cosas anunciadas. Y al igual que algunos han empezado a ser así porque esto ha sido antes anunciado, del mismo modo también guárdense de ellos los demás hermanos, porque también esto ha sido antes anunciado cuando, instruyéndonos el Señor, dice: *Vosotros, pues, estad sobre aviso; mirad que os lo he predicho todo*⁷⁰.

Vosotros, pues, os ruego, evitad a los hombres que son así y apartad de vuestro lado y de vuestros oídos sus perniciosas conversaciones como un contagio mortal, tal como está escrito: *Rodea tus oídos con espinos y no escuches la lengua perversa*⁷¹; y también: *Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres*⁷². El Señor nos enseña y nos advierte que andemos lejos de estos tales: *Son ciegos —dice— que guían a ciegos, y si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo*⁷³.

Hay que apartarse y huir de todo aquel que se haya separado de la Iglesia. Este tal es un pervertido y un pecador que se ha condenado por sí mismo⁷⁴. ¿O acaso creará que está con Cristo quien actúa contra los sacerdotes de Cristo y se separa de la comunión del clero y del pueblo de Cristo? Éste levanta sus armas contra la Iglesia, se opone a las disposiciones de Dios. Es enemigo del altar, rebelde al sacrificio de Cristo, pérfido para la fe, sacrílego para la religión, siervo desobediente, hijo impío, hermano enemigo que, despreciando a los obispos y abandonando a los sacerdotes de Dios, se atreve a levantar otro altar, dirigir otra plegaria en términos ilegítimos, profanar el verdadero sacrificio del Señor por medio de falsos sacrificios e ignorar que quien se opone a lo establecido por Dios, por su temerario atrevimiento, acarrea sobre sí el castigo divino.

Ejemplos sobre el castigo de los revoltosos en el Antiguo Testamento

18. Así Coré, Datán y Abirón, que frente a Moisés y al sacerdote Aarón intentaron arrogarse la potestad de ofrecer sacrificios, fueron inmediatamente castigados por su osadía: la tierra, desmembrándose, abrió su profundo seno, y la hendidura del suelo, que se resquebrajaba, los tragó de pie y vivos. Y la ira de Dios, indignado, no solamente hirió a los autores, sino también a los restantes doscientos cincuenta colaboradores, cómplices de esta misma locura, que se habían adherido igualmente a la audaz tentativa de aquéllos: un fuego enviado por el Señor, los consumió instantáneamente como castigo⁷⁵. Con lo cual se nos advierte y se nos hace ver que va contra Dios mismo todo lo que los malvados, por su propia voluntad humana, intentan hacer para destruir las disposiciones de Dios.

Del mismo modo también el rey Ozías, cuando, tomando el incensario y usurpando violentamente contra la ley de Dios la potestad de sacrificar –a pesar de la oposición del sacerdote Azarías–, no quería obedecer y ceder, fue castigado igualmente por la ira divina, quedando demudada su frente con manchas de lepra⁷⁶. Habiendo ofendido al Señor, fue marcado precisamente en aquella parte del cuerpo en la que son signados⁷⁷ los que se hacen dignos del Señor.

Y así también los hijos de Aarón: al colocar sobre el altar fuego profano, que el Señor no les había ordenado, murieron instantáneamente ante la presencia del Señor, que les castigó de este modo⁷⁸.

Gravedad del pecado contra la unidad

19. A éstos siguen e imitan los que, despreciando la tradición que viene de Dios, están deseosos de otras doctrinas e introducen enseñanzas inventadas por los hombres. A los cuales reprende y censura el Señor en el Evangelio cuando dice: *Rechazáis el mandamiento de Dios para conservar vuestra tradición*⁷⁹. Este crimen es peor que el que cometieron los lapsos⁸⁰, los cuales, a pesar de todo, sometiéndose a la penitencia, piden perdón a Dios con actos adecuados de reparación. Aquí la Iglesia es buscada y solicitada, allí la Iglesia es combatida; aquí puede que haya habido una necesidad, allí persiste la voluntad en el crimen; aquí el que ha caído, se ha dañado sólo a sí mismo, allí quien ha tratado de introducir una herejía o un cisma ha engañado a muchos, arrastrándoles consigo; aquí sufre daño el alma de uno solo, allí hay un peligro para muchos.

Además, éste [el lapso] reconoce ciertamente que ha pecado, pero lo lamenta y llora, mientras que aquél, enorgulleciéndose de su pecado y recreándose en sus propios delitos, arranca a los hijos de la madre, dispersa las ovejas del entorno del pastor, destruye los sacramentos de Dios. Y mientras el lapso ha pecado una sola vez, el otro peca todos los días. Finalmente, el lapso, consiguiendo posteriormente el martirio, puede alcanzar las promesas del reino; el otro, si ha sido sacrificado estando fuera de la Iglesia, no podrá alcanzar los premios de la Iglesia.

20. Que nadie se admire, queridísimos hermanos, de que incluso algunos de entre los confesores⁸¹ lleguen a estos ex-

tremos⁸² y cometan pecados tan graves y nefandos. Ser confesor, naturalmente, no hace a uno inmune de las asechanzas del diablo, ni defiende con perpetua seguridad al que está todavía en el mundo contra las tentaciones, peligros, incursiones y asaltos del mundo. De otro modo en los confesores nunca ya posteriormente veríamos engaños, estupros y adulterios, cosas que lamentamos y deploramos al verlas ahora en algunos de ellos.

Quienquiera que sea el confesor, no es mayor, ni mejor, ni más querido para Dios que Salomón, el cual, mientras anduvo en los caminos del Señor, conservó la gracia que de Él había recibido, mas cuando abandonó el camino del Señor, perdió también la gracia⁸³. Por ello está escrito: *Mantén lo que tienes para que no sea otro quien reciba tu corona*⁸⁴. Ciertamente el Señor no nos amenazaría con que nos puede ser quitada la corona de justicia, si no fuera porque, perdiendo la justicia, perderíamos necesariamente la corona.

21. La confesión es exordio de la gloria, no obtención ya de la corona, y no asegura la bienaventuranza, sino que inicia este honor, ya que está escrito: *Quien perseverare hasta el final, éste se salvará*⁸⁵. Por tanto, todo lo que se realiza antes del final es un paso con el que se asciende hacia el techo de nuestra salvación, pero no el término con el que se alcanza la última cima.

Uno es confesor: pero después de la confesión el peligro es mayor, porque el enemigo se siente mayormente provocado. Uno es confesor: por ello mismo debe mantenerse en pie con el Evangelio del Señor, ya que a través del Evan-

gelio ha conseguido esta gloria del Señor. *A quien mucho se le da, mucho se le pedirá, y a quien mayor dignidad se le confía, mayor servicio se le exigirá*⁸⁶.

Que nadie se pierda por el mal ejemplo de un confesor; que nadie aprenda de los confesores la injusticia, la insolencia o la perfidia.

Uno es confesor: que sea humilde y pacífico, que sea modesto y ejemplar en su comportamiento, a fin de que, el que se llama confesor de Cristo imite a Cristo, a quien confiesa. Pues habiendo dicho Él: *Quien se ensalza será humillado, y quien se humilla será ensalzado*⁸⁷, habiendo sido Él mismo exaltado por el Padre porque se humilló en la tierra a pesar de ser el Verbo, el Poder y la Sabiduría de Dios Padre⁸⁸, ¿cómo puede amar la soberbia quien nos mandó en su ley la humildad, y Él mismo recibió del Padre el nombre más excelso en premio a su humildad?⁸⁹.

Uno es confesor de Cristo, pero lo es realmente si después por medio de él no se blasfema contra la majestad y la dignidad de Cristo. La lengua que ha confesado a Cristo no sea maldiciente ni sediciosa, no se la oiga resonar en discusiones y riñas, no arroje contra los hermanos y los sacerdotes de Dios los venenos de la serpiente después de las palabras de la alabanza.

Por lo demás, si éste se convierte después en culpable, si echa a perder su confesión con una mala conducta, si mancha su vida con vergonzosas torpezas, si, finalmente, abandonando la Iglesia donde llegó a ser confesor y rompiendo la concordia de la unidad, cambia la fe primera por la posterior perfidia, no podrá jactarse de su confesión como si fuera un elegido para el premio de la gloria, cuando por esto mismo han aumentado los motivos para su condenación.

22. Pues también el Señor eligió a Judas para el grupo de los apóstoles, y éste, no obstante, entregó después al Señor. Sin embargo, no se vino abajo la fe y la firmeza de los apóstoles por ello, o sea, porque el traidor Judas se separara de su compañía. Así también entre nosotros: la santidad y la dignidad de los confesores no ha desmerecido en absoluto por haberse roto la fe de algunos de ellos. El bienaventurado apóstol en una de sus cartas habla de este modo: *¿Pues qué, si algunos de ellos se han apartado de la fe? ¿Acaso su infidelidad frustrará la fidelidad de Dios? ¡De ningún modo!, pues Dios es veraz y todo hombre es mentiroso*⁹⁰.

La mayor y mejor parte de los confesores se mantiene firme en la fortaleza de su fe y en la verdad de la ley y de la disciplina del Señor. Y no se separan de la paz de la Iglesia, conscientes como son de que en la Iglesia, por la bondad de Dios, han obtenido la gracia. Y por esto mismo es más digna de alabanza su fe, porque, apartándose de la perfidia de los que fueron compañeros suyos en la confesión, se han alejado del contagio del crimen. Iluminados por los demás, con la luz del Evangelio, radiantes con la pura y limpia claridad del Señor, son tan dignos de alabanza por conservar la paz de Cristo, cuanto lo fueron como vencedores en la batalla contra el enemigo.

23. Por mi parte, amadísimos hermanos, deseo y me desvelo por ello y os exhorto a que, si es posible, no se pierda ninguno de los hermanos, y que la madre⁹¹ abrace gozosa en su seno, como un solo cuerpo, a todo el pueblo unido en un mismo sentir.

Mas si este saludable consejo no lograra hacer retornar al camino de la salvación a algunos, cabecillas de los cismas y autores de las disensiones que permanecen en su ciega y obstinada locura, los demás, al menos los que habéis sido captados por simplicidad o inducidos por error o engañados por la argucia de su falaz astucia, soltaos de los lazos de este engaño, liberad del error vuestros equivocados pasos y retornad al recto camino que conduce al cielo. Es la voz del apóstol la que lo atestigua: *Os mandamos –dice– en nombre del Señor Jesucristo que os apartéis de todos los hermanos que andan desordenadamente y no según la tradición que recibieron de nosotros*⁹²; y dice además: *Que nadie os engañe con vanas palabras, pues por eso viene la ira de Dios contra los hijos de la rebeldía. No tengáis parte con ellos*⁹³.

Así pues, hay que apartarse de los culpables; más aún, hay que huir de ellos, no sea cosa que, por juntarse con los que mal andan y discurrir por las sendas del error y del crimen, se haga uno mismo culpable también de este crimen, desviándose del verdadero camino.

Hay un solo Dios, un solo Cristo, una sola Iglesia de Cristo, una sola fe y un solo pueblo, conjuntado en la sólida unidad de un cuerpo mediante el vínculo de la concordia⁹⁴. No puede romperse esta unidad ni puede ser dividido o despedazado un único cuerpo, desmembrando su estructura o siendo arrancadas sus vísceras con la laceración.

Quien se separa del tronco vital no podrá vivir y respirar por su cuenta, porque le falta el soporte de la vida.

El ideal de la paz y de la concordia

24. El Espíritu Santo nos avisa con estas palabras: *¿Quién es el hombre que ama la vida y desea ver días muy buenos? Guarda tu lengua del mal y que tus labios no hablen con perfidia. Apártate del mal y haz el bien, busca la paz y síguela*⁹⁵.

Debe buscar y seguir la paz el hijo de la paz; y debe guardar su lengua del mal de la disensión quien conoce y estima el vínculo de la caridad.

A sus mandamientos divinos y a sus saludables enseñanzas el Señor, ya próximo a su pasión, añade estas palabras: *La paz os dejo, mi paz os doy*⁹⁶.

Ésta es la herencia que nos dejó. Todos los dones y premios prometidos por Él dependen de la conservación de la paz. Si somos, por tanto, herederos de Cristo, permanezcamos en la paz de Cristo, y si somos hijos de Dios, seamos pacíficos: *Bienaventurados –dice– los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios*⁹⁷. Es necesario que los hijos de Dios sean pacíficos, mansos de corazón, sencillos en el hablar, concordes en el sentir, unidos fielmente entre sí por los lazos de la unanimidad.

25. Esta unanimidad es la que existía en tiempos de los apóstoles, y de este modo, custodiando los mandamientos del Señor, el nuevo pueblo de los creyentes mantuvo su amor.

Esto lo demuestra la Escritura donde dice: *La multitud de los creyentes actuaba con una sola alma y una sola mente*⁹⁸; y también: *Y todos ellos perseveraban unánimes en*

*la oración en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús y de sus hermanos*⁹⁹.

Y por ello oraban con eficacia; por ello podían alcanzar con seguridad lo que imploraban de la misericordia de Dios.

26. Entre nosotros, sin embargo, se ha debilitado esta unanimidad, de tal modo que ha decaído también la generosidad de nuestras obras.

Ellos vendían entonces casas y campos y, reuniendo su tesoro en el cielo¹⁰⁰, ofrecían el importe a los apóstoles, para que fuera repartido en beneficio de los necesitados¹⁰¹. Y, sin embargo, nosotros ahora no damos de nuestro patrimonio ni siquiera el diezmo, de modo que, mientras el Señor nos manda vender¹⁰², nosotros compramos y lo incrementamos. Hasta este punto se ha relajado el vigor de la fe, hasta este punto se ha debilitado la fortaleza de los creyentes.

Por eso el Señor, mirando a estos tiempos, dice en el Evangelio: *Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en el tierra?*¹⁰³. Vemos que se está realizando lo que Él predijo: no hay fe en el temor de Dios, ni en la ley de la justicia, ni en el amor, ni en las buenas obras. Nadie piensa con temor en las cosas futuras; nadie toma en consideración el día del Señor, ni la ira de Dios, ni los suplicios que sobrevendrán a los incrédulos, ni los tormentos reservados a los malvados. Todo esto temería nuestra conciencia si creyese, pero, al no creer, no lo teme en absoluto. Si creyera, llevaría cuidado con ello, y, llevando cuidado, lo evitaría.

27. Espabilémonos todo lo posible, hermanos queridísimos¹⁰⁴, y venciendo el sueño de la antigua indolencia, vigilemos, a fin de guardar y practicar los preceptos del Señor.

Seamos tales como Él mismo manda ser, diciéndonos: *Tened ceñidas las cinturas y encendidas las lámparas y estad como los hombres que aguardan a que su señor venga de la boda para abrirle apenas venga y llame. Bienaventurados los siervos a los que el Señor, cuando venga, los encuentre en vela*¹⁰⁵.

Es necesario que estemos ceñidos, para que, cuando llegue el día de la partida, no nos sorprenda impreparados y desconcertados. Brille y resplandezca nuestra luz en las buenas obras, para que sea Él mismo quien nos lleve de la oscuridad de este mundo a la luz de la claridad eterna. Esperemos siempre solícitos y vigilantes la repentina venida del Señor, a fin de que, cuando Él llame, nuestra fe esté en vela y reciba de parte del Señor el premio a la vigilancia.

Si guardamos estos mandatos, si mantenemos estos consejos y preceptos, no podremos, como los que duermen, ser sorprendidos por los engaños del diablo, sino que, como siervos vigilantes, reinaremos con Cristo, que reina.